

# Clase obrera y movimiento obrero: ¿dos compañeros inseparables?

Ángeles BARRIO ALONSO  
(Universidad de Cantabria)  
barrio@unican.es

## RESUMEN

Clase obrera y movimiento obrero son categorías históricas que, por su filiación marxista, han sido objeto de crítica y revisiones sucesivas, tanto en la historiografía internacional, como en la historiografía española. La crisis del paradigma clásico de la historia social y las propuestas procedentes de las ciencias sociales y de la historia culturalista estuvieron a punto de llevar a la historia del movimiento obrero a la autoinmolación, en los últimos años. Pero, a pesar de algunas interpretaciones recientes de la historia social en términos individualistas, los fundamentos teóricos de una interpretación clasista de la historia obrera no han sido definitivamente abandonados por los historiadores españoles, que en estos años de incertidumbre y de dispersión metodológica han sabido situar, definitivamente, su debate en la esfera científica.

**Palabras clave:** Clase obrera. Conciencia de clase. Experiencia de clase. Identidades de clase. Movimiento obrero. Derechos sindicales. Derecho de ciudadanía. Negociación colectiva.

## *Working class and labour movement: two inseparable partners?*

## ABSTRACT

In recent years, the original Marxist concepts, like working class and labour movement, have been discussed, challenged or reviewed both by the international and the Spanish historiography. Labour history, as part of social history, was about to be sacrificed during the last crisis of the traditional social paradigm. But the theoretical issues of labour history weren't left out by the Spanish historiography that, finally, set up its debate in scientific terms, even though methodological dispersion, hesitations and philosophical doubts persisted.

**Key words:** Working class. Class consciousness. Class experience. Class identities. Labour movement. Unions' rights. Citizenship rights. Collective bargaining.

## 1. La figura de Tuñón de Lara y su papel en la historia obrera en España

Han pasado más de diez años desde que, bajo cielo plomizo y humedad norteña, despedimos a Manuel Tuñón de Lara en Derio. De aquella mañana de enero recuerdo que, apenas dos horas antes de dirigirme al cementerio de Bilbao, al dar una clase de “Historia de los movimientos historiográficos contemporáneos”, en cuyo programa

ma, junto al “panteón” español de los Altamira, Carande, o Vicens Vives, incluía a los historiadores vivos y en activo entonces, como Jover, Artola, Nadal, o Tuñón de Lara, tuve que anunciar a los estudiantes con tristeza que “la historia viva de la historia”, según rezaba el epígrafe dedicado a Manuel Tuñón de Lara, había pasado a formar parte de la historia<sup>1</sup>.

Bien estudiada en vida, lo que facilitaba una aproximación *objetivista* en las clases, la figura de Tuñón de Lara representaba para la mayoría de los estudiantes, por su obra más conocida *El movimiento obrero en la historia contemporánea de España*, el compromiso de una historia “militante”<sup>2</sup>. Sin embargo, más allá de los avatares de su biografía y su exilio en Francia, que determinaron su especialización en la historia de España de los siglos XIX y XX, y una cierta influencia de la historiografía francesa de *Annales*, su preocupación por dotar de fundamento teórico al análisis empírico hacía de Tuñón de Lara un referente más universal<sup>3</sup>. Una lectura más crítica y ponderada de su obra, que incluía trabajos de otra naturaleza, había permitido a los estudiantes poner en cuestión los tópicos que precedían al personaje al descubrir su inclinación por las cuestiones metodológicas y de concepto. Unos tópicos todavía arraigados, que a mí me retrotraían al año 1975 al recordar cómo, invitado Tuñón de Lara a pronunciar una conferencia en la antigua Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo, su sola presencia había provocado una expectación tal entre los estudiantes que, desbordados los límites del aforo del Aula Magna y del edificio –un antiguo convento desamortizado, custodiado por la estatua de Feijoo, que hoy es Facultad de Psicología–, a punto estuvo de comprometer la celebración del acto, todo por ver de cerca y escuchar al “mito”. Un recibimiento multitudinario en la Universidad de Oviedo, como el de Madrid dos años antes en la Complutense, la primera vez que las autoridades franquistas le permitieron entrar en España, que se repetiría en todas sus apariciones públicas hasta su regreso definitivo, y que hoy resulta inimaginable en un acto cultural organizado en cualquiera de las universidades españolas.

Les recordaba, también, a mis alumnos aquella mañana, la atmósfera que dominó el décimo Coloquio de Pau celebrado en marzo de 1979, la incertidumbre por el cierre de un ciclo y la expectación ante el estímulo que necesariamente habría de suponer para la investigación sobre la contemporaneidad el final de la censura y la

<sup>1</sup> BARRIO ALONSO, Ángeles: “Manuel Tuñón de Lara. La historia viva de la historia”, reseña en *Conciencia Social*, 2, (1998), pp. 326-328.

<sup>2</sup> Además de la obra colectiva GRANJA SAINZ, José Luis de la (coord.): *Manuel Tuñón de Lara: maestro de historiadores. Catálogo de la exposición biográfica y bibliográfica*, Madrid-Bilbao, Universidad del País Vasco / Casa de Velázquez, 1994, muy ilustrativa acerca de la figura de Tuñón de Lara, las contribuciones de ARÓSTEGUI, Julio: “Manuel Tuñón de Lara y la construcción de una ciencia historiográfica”, pp. 143-196; y de PÉREZ LEDESMA, Manuel: “Manuel Tuñón de Lara y la historiografía española del movimiento obrero”, pp. 197-214, en GRANJA, José Luis de la & REIG TAPIA, Alberto (eds.): *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, Servicio Editorial de la UPV, 1993, constituían una referencia imprescindible para los estudiantes acerca de su valor historiográfico, las claves de su metodología o sus principales preocupaciones teóricas.

<sup>3</sup> En ARÓSTEGUI, Julio: “Manuel Tuñón de Lara y la construcción de una ciencia historiográfica”, y en PÉREZ LEDESMA, Manuel: “Manuel Tuñón de Lara y la historiografía española del movimiento obrero”, en GRANJA, José Luis de la & REIG TAPIA, Alberto (eds.): *Manuel Tuñón de Lara...*, *op.cit.*

recuperación de la libertad de cátedra y que posibilitaron, a la postre, la vuelta definitiva a España de Tuñón de Lara<sup>4</sup>. Por ello, cuando, tras su jubilación en Francia, se incorporó a la Universidad del País Vasco, los encuentros de Segovia, primero, de Cuenca, más tarde, con el patrocinio de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, fueron exponente de lo que Tuñón de Lara significaba ya para la historiografía contemporánea española, una referencia con resonancias colectivas intergeneracionales, a la que unos, al compartir planteamientos y preocupaciones metodológicas, manifestaban su afinidad, y con la que otros discrepaban pero que, en todo caso, resultaba imposible de ignorar y frente a la cual no cabía la indiferencia<sup>5</sup>.

Instalado en la Universidad del País Vasco que le acogió, Tuñón de Lara puso de manifiesto, efectivamente, a partir de entonces, que ni había perdido su capacidad de convocatoria para el encuentro y el debate entre historiadores, ni su actitud receptiva hacia el trabajo de los más jóvenes. Quizá por ello no fue reticente a las primeras manifestaciones críticas acerca de los límites y las posibilidades de la historia del movimiento obrero en nuestro país que se plantearon, precisamente, en el homenaje que con motivo de su jubilación en Francia se le rindió en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en Santander en agosto de 1981<sup>6</sup>. Tampoco lo fue expresamente, cuando, poco después, José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma publicaban un artículo en *Revista de Occidente*, en el que la historia del movimiento obrero que se había hecho en España hasta entonces era considerada mera sinécdoque de

<sup>4</sup> El X Coloquio estaba planteado como un balance de la actividad desarrollada en los años previos: véase la presentación de MALERBE, Pierre: “1970-1979. Los Coloquios de Pau. Diez años de historia y de amistad. Y también diez años de España, nuestra vida”, pp. 3-12; FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy: “Hacia el hispanismo total”, pp. 13-24; y CAUSSIMONT, Gerard: “Diez años del “Centre de Recherches Hispaniques” de la Universidad de Pau”, en TUÑÓN DE LARA, Manuel [et al.]: *Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen*. Madrid, Siglo XXI, 1980, pp. 25-43.

<sup>5</sup> El I Coloquio de la serie, celebrado en Segovia fue publicado como TUÑÓN DE LARA, Manuel (dir.), GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, Madrid, Siglo XXI, 1985; TUÑÓN DE LARA, Manuel (dir.), GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *La crisis de la Restauración. España, entre la primera guerra mundial y la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1986; el III y el IV, dedicados a la Segunda República, fueron, respectivamente, TUÑÓN DE LARA, Manuel (dir.), GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *La II República española. El primer bienio*, Madrid, Siglo XXI, 1987; y TUÑÓN DE LARA, Manuel (dir.), GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *La II República española. Bienio rectificador y Frente Popular, 1934-1936*, Madrid, Siglo XXI, 1988. Sucesivamente fueron publicados también por Siglo XXI los coloquios V, VII, VIII y IX: TUÑÓN DE LARA, Manuel (dir.), GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *El primer franquismo. España durante la segunda guerra mundial*, Madrid, Siglo XXI, 1989; TUÑÓN DE LARA, Manuel (dir.), GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio*, Madrid, Siglo XXI, 1991; GARCÍA DELGADO, José Luis (coord.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992; y GARCÍA DELGADO, José Luis (coord.): *Los orígenes culturales de la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1993. Véase RAMÍREZ, Manuel: “De Pau a Segovia, pasando por Tuñón de Lara”, en GRANJA, José Luis de la & REIG TAPIA, Alberto (eds.): *Manuel Tuñón de Lara...*, pp. 331-333.

<sup>6</sup> El homenaje fue un curso en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo titulado “Semana de Historia. Homenaje a Tuñón de Lara”, que dio lugar a tres volúmenes publicados con el título genérico CASTILLO, Santiago, FORCADELL, Carlos, GARCÍA-NIETO, María Carmen & PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (coords.): *Estudios de Historia de España: Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, III vols., Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1981.

la historia social, por lo que planteaban, además de críticas, algunas propuestas de cambio que, si bien suscitaban reacciones diversas, abrieron una línea de reflexión de la que todos, en una u otra medida hemos participado, y cuyos efectos podría decirse que llegan hasta hoy mismo<sup>7</sup>. Los autores proponían una renovación que acotara el final de la transición democrática en la historiografía española, en la que el pasado no estuviera al servicio de afirmaciones políticas y los problemas históricos, planteados desde enfoques consistentes, fuesen analizados con categorías contrastadas; desde la perspectiva de una reflexión hecha de manera precoz, semiclandestina y con finalidad política, se preguntaban si no era tiempo de una “segunda ruptura orientada ahora fundamentalmente por preocupaciones científicas”<sup>8</sup>.

Sin embargo, diez años después de la apertura del debate sobre la historia obrera y, por extensión, sobre la historia social, Tuñón de Lara en su última clase magistral en Lejona en 1991, hacía explícitas sus reservas hacia una historia obrera, supuestamente “renovada” y que, interferida por la experiencia subjetiva de lo cotidiano y la dimensión antropológica del obrerismo, había dejado fuera a las organizaciones, las vanguardias y las ideologías de clase. No ignoraba la renovación de la historia social que se había producido en Europa en los años sesenta –de hecho, citaba expresamente a historiadores “nada sospechosos”, según sus palabras textuales, como Hobsbawm o Haupt comprometidos en esa tarea–, pero desde la autoridad que le daba haber incorporado tempranamente información económica y estadísticas sobre condiciones de vida y trabajo, detalles sobre comportamientos y actitudes políticas de los trabajadores, se manifestaba poco dispuesto a aceptar la corriente que había hecho del sujeto individual el núcleo del discurso histórico sobre los trabajadores, y seguía defendiendo para la historia obrera una síntesis dialéctica entre el sujeto colectivo de la clase –clase obrera como categoría teórica y como categoría histórica empíricamente comprobable– y el que históricamente la representaba, es decir, las organizaciones, partidos y sindicatos de clase:

“Se habló de una llamada “ruptura de la historia”, que consistía o consiste, partiendo de estos hechos, en proponer una separación oficial entre la historia de la clase social, de la clase obrera en general, y la historia de las organizaciones obreras, de partidos, sindicatos y otros movimientos de este tipo; o sea, deslindarlos por completo. Con lo cual lo que se proponía era que una antropología social o antropología obrera, de los trabajadores, sustituyese a la historia del movimiento obrero. No se trata de la una o la otra, se trata de que cada una por su lado van cojas. Lo que hace falta una vez más como historia es la integración, es la sintetización”<sup>9</sup>.

La historia “total” de filiación *annalista*, que implicaba confianza en el método positivo de las ciencias sociales y recelo ante la falta de método, se manifestaba compatible, una vez más, en Tuñón de Lara, con la afirmación marxista de la cen-

<sup>7</sup> ÁLVAREZ JUNCO, José & PÉREZ LEDESMA, Manuel: “Historia del movimiento obrero. ¿una segunda ruptura?”, *Revista de Occidente*, 12 (1982), pp. 19-41.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>9</sup> TUNÓN DE LARA, Manuel: “Última clase magistral de Manuel Tuñón de Lara en la Universidad del País Vasco”, en GRANJA, José Luis de la & REIG TAPIA, Alberto (eds.): *Manuel Tuñón de Lara...*, pp. 447-455. Esta cita y la siguiente en la pág. 452.

tralidad de lo social en el discurso histórico, hasta el punto que no había lugar para el sujeto individual si no se integraba en su dimensión social –entendiendo como tal, la instancia colectiva de la clase–, ni para replantear el debate sobre la vieja cuestión de la dialéctica entre las vanguardias y las masas. Como él mismo resumía: “no es admisible que se escriba una historia simplemente elitista de la vanguardia, ni tampoco que se suprima ésta”. Pero las consideraciones de aquella última clase magistral no representaban el testamento historiográfico de Tuñón de Lara sobre el sujeto “clase” y su función en el movimiento obrero, ni sirvieron para materializar su expectativa de una interpretación en la que el ser social de los individuos que componían el sujeto colectivo de la clase obrera se fundiera con el de su representación en organizaciones políticas o sindicales, encajando, como si de las piezas de un puzzle se tratara, las distintas esferas que supuestamente componen el “todo” social, y en el que cada una de ellas alcanza explicación. Otros diez años después, el panorama de la investigación en historia obrera en España se había reducido considerablemente, en número de tesis, tesinas, publicaciones y congresos, y la impugnación de la interpretación dominante que había convertido en sujeto a los partidos y sindicatos obreros desde finales del siglo XIX hasta, al menos, la Guerra Civil, no había dado lugar a una alternativa capaz de reflejar el carácter plural del marxismo integrando las distintas acepciones del concepto clase. En su lugar, la historia obrera se había dispersado en varias direcciones, hacia las identidades, la antropología histórica, o las historias culturalistas, en medio de la competencia que representaban los enfoques derivados de las teorías sociológicas de la movilización y la elección racional de recursos, o el “giro lingüístico”, y parecía batirse en retirada, a punto de aceptar su desaparición negando al sujeto<sup>10</sup>.

No era un caso aislado éste, sino una faceta más de la crisis que experimentaba la historia social, que estaba en relación con la quiebra de la teoría de la sociedad sobre la que se había sostenido durante años. Para unos, la crisis en la que estaba inmersa la historia social era una fase más del enfrentamiento secular entre el idealismo historicista y el materialismo pero, para otros, significaba la aparición de un nuevo paradigma, aunque sólo fuera por la trascendencia que necesariamente habría de representar la quiebra del viejo modelo de explicación de la historia social tradicional. Los efectos de esta crisis en la historiografía española, siempre en posición subordinada respecto de los núcleos epistemológicamente más activos, y excéntrica en el mercado mundial de las novedades, es una cuestión abierta todavía al debate, así como su capacidad de reacción ante tal envite<sup>11</sup>. Las solventes aportaciones que Miguel Ángel

<sup>10</sup> De este proceso de renovación, expectativas abiertas entonces y frustradas más tarde, se trata en BARRIO ALONSO, Ángeles: “Historia obrera en los noventa: tradición y modernidad”, *Historia Social*, 37 (2000), pp.143-160.

<sup>11</sup> De esta situación trataba el monográfico de *Historia Social*, 50, (2004), coordinado por Julián CASANOVA bajo el título *Ficción, verdad, historia*: véase, además de la “Presentación” de Julián CASANOVA, pp. 3-6, el incisivo artículo de ELEY, Geoff & NIELD, Keith: “Volver a empezar: el presente, la postmodernidad y el momento de la historia social”, pp. 47-58, un texto publicado originalmente en *Social History*, 20, 3 (1995), en el que se reivindicaba el carácter plural del marxismo y la recuperación del concepto clase a partir de la lógica de la desigualdad. Véase, también el artículo en mismo monográfico de MARWICK, Arthur: “Dos enfoques en el estudio de la historia: el metafísico (incluido el postmodernismo) y el histórico”, pp. 59-81, a su vez, publicado en *Journal of Contemporary History*, 30, 1 (1995).

Cabrera nos ha ofrecido en diferentes publicaciones sobre los fundamentos teóricos de la renovación en la que se encuentra actualmente la historia social a escala internacional, nos permitiría ser optimistas acerca del final de la “excentricidad” de la historiografía española respecto a la historiografía europea y americana más influyente<sup>12</sup>. Pero la incompreensión que suscitaron entre algunos historiadores españoles sus planteamientos acerca de la reformulación de la teoría social, no dejaba demasiado espacio para creer que estábamos tan maduros como para cerrar una etapa caracterizada por los titubeos y establecer un marco para la secuencia histórica de la identidad y la conciencia obrera, desde finales del siglo XIX hasta hoy, en el que pudieran coincidir historiadores de diferente generación, formación e ideología.

Quizá en estos últimos veinte años hayamos estado a punto de perder al sujeto “clase”, pero no como nos advertía Tuñón de Lara al sustituir la clase o las vanguardias, por el individuo, sino al oponer de manera irreductible lo particular del individuo a la expresión de su ser social, al sentido colectivo de su capacidad para organizarse y defender sus intereses, a sus manifestaciones a través de las simbologías y los lenguajes codificados, o negando, indirectamente, su existencia al desnaturalizar su relación con el sujeto colectivo por excelencia, el Estado<sup>13</sup>. Considerando, sin embargo, el punto del que se partía inicialmente y en la perspectiva que nos da los años transcurridos desde que se dio la primera llamada de atención con la “segunda ruptura”, en los cuales la historia obrera ha pasado de una fase crítica a otra muy crítica, no sería justo decir que habernos obligado a reflexionar sobre los fundamentos de nuestra especialización, a exigirnos el conocimiento de otras historiografías, o a explotar nuestra capacidad de autocritica y de innovación, aunque nos falte todavía entrenamiento para la práctica del sano deporte del debate y la crítica desapasionada, no es en sí mismo un buen resultado<sup>14</sup>.

<sup>12</sup> Las reflexiones sobre el estado de la historia social en CABRERA, Miguel Ángel: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001, véase, específicamente, el capítulo de *Introducción*. Véase, asimismo, CABRERA, Miguel Ángel (ed.): *Más allá de la historia social*. Dossier monográfico *Ayer*, 62 (2006), tanto la “Presentación más allá de la historia social”, pp. 9-17, como el capítulo CABRERA Miguel Ángel & SANTANA ACUÑA, Álvaro: “De la historia social a la historia de lo social”, 165-192.

<sup>13</sup> La reintegración de los sujetos históricos desde la historia de las mujeres, las estrategias de investigación de los sujetos desde la “relectura” de la historia social, o desde la reivindicación de un pluralismo integrador en NASH, Mary: “Los nuevos sujetos históricos: perspectivas de fin de siglo. Género, identidades y nuevos sujetos históricos”, pp. 85-100; MILLÁN, Jesús: “Los sujetos históricos: modelos, tipos ideales y estrategias de investigación”, pp. 101-110; y CASANOVA, Julián: “Las caras cambiantes del sujeto histórico: en busca de la igualdad”, pp. 111-115, en ROMEO, María Cruz & SAZ, Ismael (eds.): *El siglo XX. Historiografía e historia*, Valencia, Universitat de València, 2002, pp. 111-116.

<sup>14</sup> No parece necesario, por conocido, insistir en los balances críticos, o menos críticos, pesimistas o menos pesimistas, que se han hecho acerca de esta cuestión, empezando por los míos propios, pero a modo de recuerdo: BARRIO ALONSO, Ángeles: “A propósito de la historia social, del movimiento obrero y los sindicatos”, en RUEDA, Germán (ed.): *Doce estudios de historiografía contemporánea*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria / Asamblea Regional de Cantabria, 1991, pp. 41-68, BARRIO ALONSO, Ángeles: “Historia obrera en...”, *op.cit.*; GABRIEL, Pere: “A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España. Historia obrera, historia popular e historia contemporánea”, *Historia Social*, 22 (1995), pp. 49-51. JULIÁ, Santos: “La historia social y la historiografía española”, en MORALES MOYA, Antonio & DE VEGA, Mariano Esteban (eds.): *La Historia contemporánea en España*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1996, pp. 183-196; FORCADELL, Carlos: “Sobre desiertos y secanos: los movimientos sociales en la historiografía española”, *Historia Contemporánea*, 7 (1993), pp.

## 2. La “segunda ruptura”: la integración de la historia obrera en la historia social

La “segunda ruptura” de la que hablaban Álvarez Junco y Pérez Ledesma, no como una refundación, sino como el umbral de una renovación muy necesaria, iba a incubar pequeñas transiciones, relecturas o revisiones progresivas, tanto en historiadores del movimiento obrero ya consagrados, como en los recién incorporados al oficio. La historia obrera era en España, en cualquiera de sus variantes –historia de las clases trabajadoras, historia de los sindicatos y organizaciones, historia de la protesta, de las relaciones laborales, de la cultura, la educación, la prensa obrera, o de la propaganda–, un objeto de conocimiento acotado por unos límites temporales y espaciales más reducidos que en otros países de Europa, a causa del retraso en la industrialización y de su localización geográfica en sus primeras etapas, en torno a Barcelona y la industria textil, a las áreas mineras de Asturias y Vizcaya o, además de Madrid, a algunas pocas ciudades comerciales y portuarias. La decisión de ensanchar las fronteras de la historia obrera proyectándolas hacia las de la historia social, en esto no habría diferencias con otras historiografías vecinas que también estaban embarcadas en la tarea, habría de contribuir a hacer su morfología más compleja y multiforme. Esto, que podría haberse traducido en un enriquecimiento inmediato, la dejó, sin embargo, a expensas de una reformulación del sujeto muy problemática. Acabar con la vindicación política de la historia obrera, clarificar su punto de partida desde la historia general y su lugar en la historia social, implicaba, también, una reflexión colectiva para la cual no andábamos muy sobrados de medios. En España, un país sin tradición de escuelas historiográficas, con una producción escasa y poco relevante en comparación con las de otros países de historiografías más vigorosas, sin acceso a las grandes revistas o redes internacionales de distribución del conocimiento y, en definitiva, sin intercambios, la renovación se redujo, en la práctica, a que cada uno buscara con sus propios medios, sus fuentes de información, y sin que se produjera, a excepción de círculos muy reducidos, una institucionalización del debate y la consiguiente puesta a punto de los conceptos y las líneas de interpretación<sup>15</sup>.

Ajenos los historiadores españoles, en su mayoría, a la primera renovación de la historia social en los sesenta, las obras publicadas en aquellos años y que alcanzaron

---

101-116. En cuanto a lo que hoy representa el artículo de Álvarez Junco y Pérez Ledesma sobre la “segunda ruptura” es significativo que se aluda a él en términos de “manifiesto”: véase GÁLVEZ BIESCA, Sergio: “La “extraña” derrota del movimiento obrero”, en GÁLVEZ BIESCA, Sergio (coord.): *La clase trabajadora, después del Estatuto de los trabajadores y sus reformas*. Dossier monográfico *Papeles de la FIM*, 26/27 (2008), pp. 79-112, a quien agradezco que me haya dejado leer su interesante texto inédito.

<sup>15</sup> El esfuerzo de la revista *Historia Social* por acercar a los historiadores españoles las fuentes originales de los principales núcleos de debate internacional resulta encomiable. Véase, de nuevo, CASANOVA, Julián: “Las caras cambiantes del sujeto histórico: en busca de la igualdad”, 111-115, en ROMEO, María Cruz & SAZ, Ismael (eds.): *El siglo XX...* Véanse, asimismo, las consideraciones acerca de esta empresa en GÁLVEZ BIESCA, Sergio: “La “extraña” derrota del movimiento obrero”, en GÁLVEZ BIESCA, Sergio (coord.): *La clase trabajadora...* En lo relativo a la escasez de medios y la obsesión de los historiadores españoles por encontrar amparo en la teoría social, véase CASANOVA, Julián: “La sociología histórica vista desde España: ese oscuro objeto de deseo”, en CABRERA, Miguel Ángel & McMAHON, Marie (coords.): *La situación de la historia*, Tenerife, Servicio de Publicaciones Universidad de La Laguna, 2002, pp. 71-86.

entonces una auténtica repercusión mundial, apenas habían llegado a tener influencia en España en el umbral de los ochenta cuando, precisamente, el ambiente comenzaba a ser más receptivo. Resulta significativo que tres de las que W.H. Sewell cita como determinantes para su propia reflexión sobre la historia social, *The Making of English working class*, de Edward P. Thompson, publicada en 1963, *The Vendée*, de Charles Tilly y *Poverty and Progress* de Stephan Thernstrom, publicadas en 1964<sup>16</sup>, no llegaron a España hasta catorce años después, en el caso de *The Making*, e, incluso, en el caso del análisis de la revolución y la contrarrevolución de *La Vendée* de Tilly o en el del estudio de la movilidad social del siglo XIX de Thernstrom, que no se tradujeran. Aquella nueva generación de historiadores que, influidos por el populismo del activismo político de los sesenta, implantaba algo parecido a un nuevo paradigma, aportaron una ampliación más que notable de las categorías empleadas hasta entonces, al incorporar al análisis histórico a la *ordinary people* –trabajadores, mujeres, criminales, esclavos, niños, jornaleros, tenderos...–; también exploraron fuentes inéditas –series fiscales, protocolos notariales, canciones populares, cartillas de ahorros, registros parroquiales, censos manuscritos...–, que demostraron ser una mina de información; y, sobre todo, ofrecieron nuevos enfoques a los problemas clásicos y al tratamiento de las fuentes tradicionales. Fue así cómo, en unos años, los métodos de la demografía aplicados a la clase obrera modificaron la otrora rígida taxonomía del antagonismo social ofreciendo una visión de la estructura social mucho más diversa; la percepción de modos de sociabilidad obrera que no respondían únicamente a una militancia politizada alertó de la existencia de redes de solidaridad previas a las identidades; la movilización planteada en términos de intereses políticos introdujo a un nuevo actor, el Estado, frente al cual los grupos organizados desplegaban la acción colectiva; la eficacia de la acción se puso en relación al grado de organización de los grupos para dilucidar las reglas de la distribución de poder; la dimensión no ideológica, en ocasiones, del radicalismo cuestionó la supuesta dependencia del nivel de conciencia en la acción de clase; pero, sobre todo, fue la experiencia que, como fuente determinante de las identidades, devolvió al primer plano la relación entre individuo y ser social. Desde la autorreconocida como “nueva” historia social, se establecían otros puntos de partida para la indagación en las causas del cambio social que hacían inservibles algunas categorías rígidas del marxismo tradicional y obligaban, indirectamente, a su reformulación.

La ausencia de reacciones ante lo que sucedía en otras historiografías, en Francia, Gran Bretaña o Estados Unidos, acreditaba por sí sola el nivel escasamente permeable del mundo académico español respecto al exterior, cuya cota máxima de cosmopolitismo había estado en la asistencia de Vicens Vives en 1950 al Congreso Internacional de Historia de París, donde conoció la escuela de *Annales*, o la Jover al de Roma de 1955<sup>17</sup>. No en vano, el ensayo de José María Jover “Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea”, publicado por primera vez

<sup>16</sup> SEWELL, William H.: *Logics of History. Social Theory and Social Transformation*, Chicago, University of Chicago Press, 2005, pp. 26-27.

<sup>17</sup> FONTANA, Josep: “Semblanza de D. Jaume Vicens Vives”, *Papeles de Economía Española*, 20 (1984), pp. 422-424; LÓPEZ-CORDON, María Victoria: “La obra y la personalidad de José María Jover Zamora”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 9 (1988), pp. 29-40.



en 1952 –originariamente había sido una conferencia leída en el Ateneo de Madrid el 30 de abril de 1951– constituía una excepción, tanto por el uso ponderado de las categorías clase y derivados, como por los contenidos que atribuía a la conciencia y la lucha de clases, hasta el extremo de ser considerado en cierto sentido el momento fundacional de la historia social en España<sup>18</sup>. Jover, un historiador liberal, hablaba abiertamente de pueblo y clase, de conciencia burguesa y de conciencia obrera, algo insólito entre los cultivadores del movimiento obrero adictos al materialismo histórico, y lo hacía sin otro aderezo que el rigor y el sentido común:

“Todos ustedes han hojeado alguna vez un censo de población. Allí aparecen clasificados los españoles por profesiones, por géneros de vida: desde médicos u abogados, fabricantes y propietarios, a sirvientes, jornaleros y artesanos. Yo quisiera bosquejar hoy ante ustedes una de las líneas maestras del XIX europeo en su versión española: apuntar como los grupos más numerosos y más enteramente dedicados al trabajo material van marcando progresivamente su presencia, su sentir y su pensar, su estilo de vida y su acción en la historia española decimonónica. Es difícil, demasiado difícil, tratar de discriminar precisamente la aparición de una conciencia obrera. Pero es posible, y ello es lo que voy a intentar, advertir con cierto rigor histórico la evolución de la mentalidad de aquellos grupos sociales de nuestro pueblo (artesanos, obreros, campesinos), si mantémoslos como contrapunto la actitud cultural de los grupos burgueses que dan la tónica a la historia más superficial de nuestro XIX. No intento, pues, lo que nunca lograría sin violentar el material histórico: presentar, en principio, un dualismo sustancial entre “burguesía” y “proletariado” españoles, sino reconstruir en su entereza, y no solamente sobre la base de los veinte o treinta mil españoles que tuvieron acceso a la Gaceta, las líneas maestras de la historia del pueblo español en la centuria pasada”<sup>19</sup>.

Jover situaba en su ensayo la aparición de la clase obrera como sujeto histórico en la atmósfera agitada de la *Gloriosa*, en un proceso en el que la conciencia, determinada por elementos de mentalidad más que de renta, exclusivamente, o de estatus, adoptaba formas políticas en las barricadas y el motín. Así, la maduración de la conciencia antagónica de clase burguesa y proletaria se producía, a su juicio, en un proceso de “centrifugación” del cuerpo nacional a partir de 1868, en el que el artesano fue desplazado por el proletariado, la burguesía de agitación sustituida por la burguesía de negocios, y la vieja solidaridad de clases de los tiempos de la revolución del 68 se hacía violencia al definir en términos colectivos, y no de individuo concreto, al enemigo de clase, en los primeros años del siglo XX.

Sin embargo, quizá por no ser especialista oficial en historia obrera, las consideraciones de Jover sobre la estructura de clases en la España de finales del XIX y su evolución política a través de su propuesta generalista, o de “larga duración”, para analizar las diversas manifestaciones de la conciencia, no operaron más que como referencia aislada. Miguel Artola que, por su parte, en esa misma línea de sentar las bases de

<sup>18</sup> SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José: “La “historia social” en la investigación de José María Jover Zamora”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 9 (1988), pp. 41-46.

<sup>19</sup> JOVER, José María: “Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea”, en JOVER, José María: *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, Madrid, Turner, 1976, pp. 47-82. La cita está en la pp. 49-50.

la contemporaneidad, había definido la ciudadanía como uno de sus componentes esenciales, tampoco encontró continuidad, ni siquiera entre quienes se consideran discípulos de estos maestros, porque la esfera política de los derechos a que aludía el concepto de ciudadanía era considerada por los historiadores sociales, por razones ideológicas, un mero reflejo de intereses de clase<sup>20</sup>. Las principales preocupaciones de los que se dedicaban a la historia del movimiento obrero, empeñados en evitar a toda costa la metafísica historicista que le atribuían a la historia política, se centraron en el análisis de las organizaciones de clase, consideradas expresión de la conciencia madura, de la protesta y las huelgas como manifestaciones genuinas del conflicto de clase, o, incluso, de la prensa y la propaganda como instrumentos al servicio de, y para, la conciencia de clase desde, al menos, la segunda mitad del siglo XIX y a lo largo del XX.

Hoy no podríamos justificar el desdén que manifestaba Tuñón de Lara en *El movimiento obrero en la historia de España* hacia una interpretación “cualitativa” de lo social, o que a la hora de dar contenidos a la categoría clase obrera, la protagonista de la lucha de clases en España, lo hiciera a partir de una definición escueta de trabajador por cuenta ajena: “Dícese obrero de aquella persona que vende su fuerza de trabajo a otra, llamada capitalista, que posee los medios de producción y que es también dueña de los bienes producidos”<sup>21</sup>. Tampoco su definición de movimiento obrero, completamente falta de matices, resistiría hoy la crítica más elemental; entendido como expresión de la conciencia y regido sólo por “las exigencias de actuar solidariamente, ya que la producción es un fenómeno social”, las movilizaciones espontáneas se correspondían, dentro de un esquema diacrónico simplificado al máximo, con una fase de protoconciencia, o conciencia no madura, y se diferenciaba del movimiento obrero organizado, en el que el simple acto de asociarse era considerado como indicador de una fase reflexiva, de maduración, indicativa de un estadio superior de la conciencia de clase:

“Históricamente, la aparición del movimiento obrero, suele seguir el proceso siguiente. Primera etapa: el desarrollo de la producción va creando la clase obrera, pero no hay movimiento obrero. Segunda: se producen acciones obreras de carácter espontáneo y destellos de toma de conciencia de la propia condición obrera. Tercera: el obrero que se siente como tal, y pertenece a una clase con intereses y fines propios, se asocia para el logro de todos esos fines o parte de ellos. Es la larga etapa asociativa, cuyos matices y divisiones exponemos más adelante. En fin, la cuarta etapa: es aquella en que otros trabajadores –manuales, intelectuales o de carácter intermedio– toman conciencia de su vinculación con los obreros y se integran o articulan, directa o indirectamente, en el movimiento obrero que toma así unas nuevas dimensiones”<sup>22</sup>.

La industrialización creaba las condiciones para la aparición del obrero como ser social sin conciencia de clase, pero en el movimiento obrero, que surgía espontánea-

<sup>20</sup> PÉREZ LEDESMA, Manuel: “Presentación”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel (dir.): *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 13-17.

<sup>21</sup> TUÑÓN DE LARA, Manuel: *El movimiento obrero en la historia de España*, II vols., Madrid, Taurus, 1972, vol I., p. 9.

<sup>22</sup> *Ibidem*, vol. I, p. 10-11.

mente como reacción, los obreros se reconocían como clase y se organizaban. Al análisis de aquella “larga etapa asociativa” de los trabajadores, a la conciencia inmanente que se derivaba de ella e inspiraba su acción de clase, dedicaba Tuñón de Lara, efectivamente, su obra *El movimiento obrero en la Historia de España*, que funcionó como referencia estándar durante años. Algunos historiadores autóctonos que representaban, especialmente por su conocimiento de la historiografía social anglosajona, la excepción, se manifestaron en seguida discrepantes con su planteamiento: Juan Pablo Fusi, lo hizo en un artículo publicado en *Revista de Occidente* en 1973, en el que reconocía el mérito recopilatorio de Tuñón de Lara, aunque criticaba su método dominado por la simple acumulación de datos. Unos años más tarde, en 1975, el tono crítico subía cuando en el prólogo a *Política Obrera en el País Vasco* reaccionaba abiertamente contra una interpretación sentimental del movimiento obrero en España, que consideraba, textualmente, “más propia de Dickens que de Marx”, y en la que abundaban los esquematismos ideológicos y los apriorismos no constatados empíricamente. También, en 1973, Ignacio Olabarri había atribuido a Tuñón de Lara intenciones más políticas que científicas, en su magna obra sobre el movimiento obrero en España; en 1978 iba más allá al cuestionar abiertamente, no sólo su enfoque, sino la historia marxista del movimiento obrero en general<sup>23</sup>. Los comentarios, que no respuesta, de Tuñón de Lara a Fusi, y sobre todo a Olabarri, autor de una obra de referencia sobre las relaciones laborales en Vizcaya, son, por irónicos e incisivos, también muy conocidos<sup>24</sup>.

Los efectos de aquellas manifestaciones pioneras de rebeldía contra el paradigma dominante fueron muy limitados e, incluso, sus autores desautorizados de manera oficiosa, pero cuando se publicaron las primeras ediciones traducidas de los “clásicos” de la renovación de la historia social que contribuyeron a romper el panorama monocorde, comenzaron a aflorar más sentimientos de autocrítica que tomaron forma en el ya citado “manifiesto” de Álvarez Junco y Pérez Ledesma a favor de la “segunda ruptura”. Aunque *The Making of English working class* de E. P. Thompson había sido traducida por primera vez en España en 1977<sup>25</sup>, el conjunto de su obra, que en Estados Unidos había provocado una estela de investigaciones que seguían al pie de la letra su

<sup>23</sup> FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: “Algunas publicaciones recientes sobre la historia del movimiento obrero español”, *Revista de Occidente*, 123 (1973), pp. 358-368; y FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo: *Política obrera en el País Vasco. 1880-1923*, Madrid, Turner, 1975; OLÁBARRI GORTÁZAR, Ignacio: *Relaciones laborales en Vizcaya (1890-1936)*, Durango, Leopoldo Zugaza editor, 1978. Véase, igualmente, para el seguimiento de la polémica: OLÁBARRI GORTÁZAR, Ignacio: “Las relaciones de trabajo en la España Contemporánea: historiografía y perspectivas de investigación”, en OLÁBARRI GORTÁZAR, Ignacio: *¿Lucha de clases o conflicto de intereses? Ensayos de historia de las relaciones laborales*, Pamplona, Eunsa, 1991, pp. 103-134.

<sup>24</sup> Así se despachaba Tuñón de Lara: “[...] aunque deliberadamente [Fusi] se inclina por el relato clásico, tiene una apoyatura económica y sociológica, una inmensa riqueza de fuentes que ha sido un paso adelante en el conocimiento de la historia vasca. Otra cosa es el libro-tesis de Olabarri [...] en el que, de entrada, rechaza la historia del movimiento obrero y que acusa [...] de parcialidad a los que cultivamos la historia del movimiento obrero. El autor prefiere “relaciones laborales”, y si es posible “armónicas”, con tufillo de organización sindical del franquismo por encima de las clases [...]”, TUÑÓN DE LARA, Manuel: “Historia del movimiento obrero en España (un estado de la cuestión en los últimos diez años)”, en TUÑÓN DE LARA, M. [et al.]: *Historiografía española contemporánea...*, pp. 243-244.

<sup>25</sup> La edición en tres volúmenes de Laia, con prólogo de Josep FONTANA, añadió el adjetivo “histórica” al título, véase THOMPSON, Edward P.: *La formación histórica de la clase obrera: Inglaterra 1780-*

inspiración, era todavía poco conocida en España<sup>26</sup>. A excepción de E. J. Hobsbawm que, con la traducción en 1974 de *Rebeldes primitivos*, había conseguido hacerse un hueco en el mercado bibliográfico español de aquellos momentos<sup>27</sup>, las aportaciones del grupo de historiadores británicos marxistas apenas habían sido objeto de discusión. En 1979, la editorial Crítica, bajo la dirección de Josep Fontana, publicó *Tradicción, revuelta y consciencia de clase*, una compilación de artículos de E. P. Thompson, significativos del sentido global de su obra, un conjunto del que emergía con autoridad su imponente *The Making*, que ofrecía unas claves interpretativas lo suficientemente novedosas y sugestivas para la desorientada historiografía española de lo social. En medio del debate abierto oficialmente por Álvarez Junco y Pérez Ledesma en 1982 sobre los límites que la oposición a la dictadura había puesto a la historia del movimiento obrero en nuestro país, haciendo de ella un terreno expuesto a la ideología y al partidismo, el renovado marxismo británico se ofrecía como un vehículo idóneo para hacer la transición desde la historia impugnada del movimiento obrero hacia otras visiones sobre el mundo del trabajo y los trabajadores a través de enfoques culturalistas, como propugnaba E.P. Thompson, que hacían de las experiencias identitarias la clave del discurso histórico sobre la clase obrera. Con la experiencia compartida como determinante de la conciencia, E.P. Thompson había introducido en el estudio de la formación de clase las manifestaciones “culturales”, lo que ampliaba el campo de análisis de la historia obrera hasta unos límites inimaginables hasta entonces en España. Las protoculturas de clase en el medio agrario y en el industrial, y sus diversas manifestaciones, no sólo en el XIX sino también en el siglo XX, podrían ser integradas convirtiéndose en historia social la historia obrera, pero la fórmula también incluía contraindicaciones, lo que no dejó de sembrar una cierta confusión.

### 3. La prueba del método: clase, conciencia y lucha de clases en E.P. Thompson

La propuesta de E.P. Thompson ofrecía claves reales e identificables desde el punto de vista histórico y partía de una premisa inicial: los historiadores tienen conocimiento de la noción de clase como categoría histórica derivada de la observación del proceso social, lo que daba al concepto clase categoría de realidad objetiva y comprobable empíricamente, exigía algunas comprobaciones teóricas y metodológicas más antes de acometer las fuentes. El historiador, al situar en contextos históricos concretos las categorías teóricas, debía evitar la interferencia de la teoría en las evidencias históricas

---

-1832, Barcelona, Laia, 1977 [traducción al castellano, *The Making of the English Working Class*, Nueva York, Vintage Books, 1963].

<sup>26</sup> La bibliografía sobre E. P. Thompson y la escuela de los marxistas británicos es muy extensa. Véanse, por un lado, las consideraciones de algunos de los historiadores de la *Radical Historians Organization* en ABELOVE, Henry [et al.], *Visions of History*, Manchester, Manchester University Press, 1983; y, por otro, KAYE, Harvey J.: *Los historiadores marxistas británicos: un análisis introductorio*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989, incluye una presentación de Julián Casanova.

<sup>27</sup> HOBBSAWM, Eric J.: *Primitive Rebels: studies in archaic forms of social movement in the 19<sup>th</sup> and 20<sup>th</sup> centuries*, Manchester, Manchester University Press, 1959, fue traducido al castellano con el título HOBBSAWM, Eric J.: *Rebeldes primitivos: estudios de las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Ariel, 1974.

obtenidas, ya que podían inducirle a conclusiones erróneas acerca de las clases, su estructura, su comportamiento o su conciencia en las situaciones o contextos históricos analizados. El énfasis que algunos filósofos, como Althusser, habían dado al concepto clase ignorando deliberadamente el problema de su realidad o irrealidad, o el tratamiento *objetivista* de la sociología positivista americana habían llevado a plantear la existencia de las clases sociales en términos únicamente teóricos, o en términos de medición empírica individual, ya cuantitativa (de acuerdo a criterios de ingresos, renta, etc.), o cualitativa (en términos de *estatus*, mentalidades o de sentimientos subjetivos de pertenencia a una clase determinada), que indicaban el lugar que ocupa el individuo en el conjunto de las relaciones de producción. La existencia de las clases, según este planteamiento, era deducible de las condiciones económicas concretas que determinaban las relaciones de producción. La cuestión de la conciencia de clase se ponía en relación con el problema de la “falsa” conciencia —una conciencia de clase desviada, que no se corresponde con la situación objetiva del individuo en las relaciones de producción— y se justificaba la trasposición del sujeto revolucionario desde la clase (la clase obrera, el sujeto histórico por excelencia, tal como había prescrito Marx), hasta el partido (vanguardia revolucionaria depositaria de la conciencia cuando la clase no tiene conciencia madura), dando solución así al problema de la “falsa” conciencia que ya había detectado Lenin al observar el comportamiento de la aristocracia obrera británica en los orígenes del laborismo, y que dejaba establecidas las bases para un debate sobre la ideología y la conciencia que ocupó a filósofos, científicos sociales e historiadores<sup>28</sup>. De este modo, si se consideraba el movimiento obrero de manera unívoca como expresión de la lucha de clases en la sociedad industrializada, no había lugar para reflexiones críticas sobre el ser social, sus acciones y manifestaciones.

Thompson sabía que los historiadores, a menudo inseguros frente al dominio de la teoría implícita al concepto clase y sus derivaciones —especialmente en lo relativo a la conciencia de clase y a la lucha de clases—, habían utilizado la noción de clase como variable empírica y, de acuerdo a referencias teóricas más o menos precisas, habían tratado de darle contenidos a la ideología, pero se topaban constantemente con el problema de las relaciones entre teoría y dato empírico. Manejar la categoría heurística de la noción clase, o, por el contrario, la empírica, eran opciones legítimas del historiador, según Thompson, pero saltar de la una a la otra representaba una dificultad no siempre fácil de resolver. El viaje de ida y vuelta de la teoría al dato y del dato a la teoría, que implicaba contrastaciones, confirmaciones o refutaciones de la teoría a partir de la comprobación empírica de hipótesis sucesivas, constituía, por tanto, para Thompson un asunto central en la práctica del método y de ahí su insistencia:

“El discurso de la demostración de la disciplina histórica consiste en un diálogo entre concepto y dato empírico, diálogo conducido por hipótesis sucesivas, por un lado, e investigación empírica, por otro. El interrogador es la lógica histórica; el instrumento interrogativo una hipótesis (por ejemplo, la manera en que diversos fenómenos hayan podido actuar unos sobre otros), el que contesta el dato empírico, con sus propiedades concretas. Llamar a esto lógica no equivale a pretender que siempre que aparece la evi-

<sup>28</sup> THOMPSON, Edward P.: “Algunas observaciones sobre clase y “falsa conciencia”, *Historia Social*, 10 (1991), pp. 27-32.

dencia en la práctica de todos los historiadores o que aparezca en todos los pasos de la actividad de un historiador [...]. Pero supone decir que esta lógica no se despliega involuntariamente; que la disciplina requiere una preparación ardua, y que tres mil años de ejercicio nos han enseñado algunas cosas...”<sup>29</sup>.

Thompson afirmaba que clase y conciencia de clase eran dos conceptos inseparables que, al ser aplicados a realidades históricas concretas, ponían de manifiesto que la experiencia era el factor determinante de la conciencia en el marco de la lucha de clases. La lucha de clases, desde ese punto de vista, no se producía porque las clases, predeterminadas en su grado de conciencia, se decidieran a luchar sino porque, en la experiencia de la explotación, se descubrían a sí mismas y se reconocían como tal clase. En esa experiencia social estaba contenido, a su juicio, todo lo que el historiador debía descifrar a través del análisis de los comportamientos que, en muchas ocasiones, se desarrollaban de acuerdo a pautas insólitas, a normas no previstas, o ni siquiera imaginadas por el historiador. Por ello Thompson recomendaba una aproximación a las fuentes por parte del historiador, libre por completo de prejuicios, preconociones o determinaciones, y deducir conductas clasistas o no clasistas, grados diferentes de conciencia o, incluso, estadios no del todo precisos de ideologización, sólo a partir de la evidencia de los datos empíricos.

La recuperación del sujeto y la experiencia colectiva como elemento esencial de las identidades de clase, reduciendo al mínimo la determinación económica en el nivel de la conciencia, produjo una auténtica conmoción en el discurso canónico sobre las clases y los comportamientos clasistas. E. P. Thompson no sólo se apartaba con ello de los marxistas estructuralistas de *Annales*, o de la antropología histórica de Geertz, en la que la cultura estaba concebida como un sistema interrelacionado de signos semióticamente interpretables del comportamiento social, sino que ofrecía una interpretación alternativa de las relaciones sociales, en la que reconocía condicionantes culturales en el proceso de formación de la clase y de la conciencia, aunque sin renunciar al concepto clave de dominación en las relaciones sociales. Esto conducía, por un lado, a reformar el procedimiento hermenéutico de la conciencia acudiendo, incluso, a nuevas fuentes para que su “elocuencia” fuera ilustrativa para el historiador cuando no encontraba evidencia en las fuentes convencionales; y, por otro, exigía replantear la cuestión de la conciencia y la ideología lejos de cualquier modelo platónico preconcebido por el historiador acerca de la “verdadera” o la “falsa” conciencia, y las deformaciones ideológicas en el proceso de transformación de la “clase en sí” en la “clase para sí”:

“Espero que nadie pueda pensar [...] que apoyo la idea que la formación de la clase sea independiente de determinaciones objetivas, ni mantenga que la clase pueda definirse como simple fenómeno cultural, o cosas parecidas. Pienso que esto quedaría desmentido por la misma práctica de historiador, tanto mía como de otros. Queda el hecho, que estas determinaciones objetivas requieren un examen muy escrupuloso. En cualquier caso y, como primera cosa, ningún examen de determinaciones objetivas, y mucho menos ningún modelo, que haga teoría de las mismas, puede llevar a la simple ecuación de una clase con una conciencia de clase. La clase queda dibujada según la manera como los hombres y las mujeres *viven* sus relaciones de producción y según la *experiencia* de sus

<sup>29</sup> THOMPSON, Edward P.: *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1983, pág. 67.

situaciones determinadas, dentro del “conjunto de sus relaciones sociales”, con la cultura y las esperanzas, que se les han transmitido, y según como éstos ponen en práctica esas experiencias a nivel cultural. Así que, en definitiva, ningún modelo puede darnos lo que debería ser la “verdadera” formación de clase en un determinado “estadio” del proceso: el modelo sólo tiene valor heurístico, en un análisis comparativo, que, a menudo, puede resultar peligroso por su tendencia a una concepción estática. En la historia, ninguna formación específica de clase es más auténtica o más real que otra: las clases se definen de acuerdo con la manera como, de hecho, tiene lugar esa formación”<sup>30</sup>.

Lo que E. P. Thompson había propuesto era una reformulación del concepto de clase obrera según los distintos contextos espaciotemporales —él mismo daba ejemplo con la sustitución de la clase por la “plebe” en la Inglaterra del siglo XVIII—, ya que era, cuando menos, cuestionable en los términos en los que habitualmente se había empleado<sup>31</sup>. Pero, cuando esta fórmula comenzó a divulgarse en España tenía más de quince años de vigencia y había conciencia, tanto del retraso acumulado en las reflexiones teóricas acerca de la historia obrera y la historia social, en general, como de las limitaciones empíricas y metodológicas de buena parte de los trabajos disponibles. Dicho de otro modo, que la crítica de Thompson a la ortodoxia marxista llegaba a España tarde, e iba a encontrar mayores dificultades de aplicación que en otras historiografías en las que el trabajo previo de reflexión antipositivista y de crítica al materialismo histórico había sido más generalizado. Sobre todo, porque esto sucedía cuando la afirmación de E.P. Thompson de hacer de la experiencia el elemento decisivo de las identidades de clase, había sido sometida ya a una crítica intensiva, incluso por parte de los defensores de una vuelta al marxismo, al considerarla excesivamente problemática, y cuando la discusión sobre la postmodernidad, el *giro lingüístico* y el postestructuralismo había alcanzado su apogeo.

Desde el punto de vista de las identidades, la tesis de la experiencia compartida, que en Thompson constituía la base del sentimiento identitario para la conciencia de clase y los comportamientos clasistas, había sido puesta en cuestión por los que, habiendo rechazado la concepción unitaria que tenía E.P. Thompson de la clase, exigían la presencia de otros factores coadyuvantes, como las tradiciones ideológicas, las visiones de la sociedad, o los lenguajes, para el proceso de formación de la clase y la conciencia. La identidad de clase se había igualado así a otros procesos de identidad, como la nación o el género, perdiendo la centralidad que le había reservado el materialismo histórico y, lejos de la polémica sobre la relación entre la experiencia y la conciencia, este planteamiento llevaba a retrasar la existencia de la clase obrera hasta el siglo XX<sup>32</sup>. Desde el punto de vista de los partidarios de la microhistoria, quizá los que más enfáticamente afirmaban la condición postmoderna, con su rechazo de las estructuras y de los procesos históricos “totales”, también se había desafiado a todo planteamiento de hipótesis que recurriera a interrelaciones entre procesos económicos y estructuras sociales y, a diferencia de la antropología histórica, que se orientaba al análisis de

<sup>30</sup> THOMPSON, Edward, P.: “Algunas observaciones sobre...”, p. 30.

<sup>31</sup> Ibidem. E. P. Thompson negaba todo sentido histórico a dar a un grupo social la categoría de clase cuando carecía de conciencia, no hacía manifestaciones de poseer cultura de clase alguna, o no se movía en dirección clasista, THOMPSON, Edward, P.: “Algunas observaciones sobre...”, p. 29-30.

<sup>32</sup> CABRERA, Miguel Ángel: *Historia, lenguaje...* passim.

las experiencias vitales, no se consideraba significativa la existencia de los sujetos colectivos, meras construcciones discursivas, en ese sentido, sino sólo la de los individuos. Por si fuera poco, en medio de la discusión sobre la validez o inutilidad de los nuevos paradigmas de la historia social, se iba haciendo progresivamente consistente, por parte de los defensores de la llamada historia social de la política, la consideración de la dimensión cultural, como señalaba Kocka, una fórmula que se abría paso con fuerza en los noventa en la que trataban de integrarse los saberes culturales y sociales, las formas de vida y las interpretaciones de las personas como elementos que condicionan la política y que, a su vez, son influenciados por ella, y que demostraba que poco a poco iba produciéndose un replanteamiento de la teoría general en la que confluían diferentes corrientes, y a la que se incorporaba definitivamente los elementos de naturaleza cultural para el análisis<sup>33</sup>.

#### 4. Las experiencias compartidas del pueblo y la clase en la lucha por los derechos

A finales de los ochenta se había extendido en España el empleo de algunas categorías *thompsonianas*, como “economía moral de la multitud”, “cultura plebeya”, etc., que a causa del peculiar estilo literario del autor, cumplían como metáforas para el que no se atrevía con los conceptos; pero la aceptación del marxismo humanista de E.P. Thompson se llevó a cabo de manera acrítica, sin reparar en el recorrido autocrítico que el propio Thompson había realizado desde *The Making* –donde, más que análisis propiamente culturalista de las experiencias de clase, había historia de las ideas políticas–, hasta la formulación de su idea de cultura plebeya, mucho más antropológica, en la que las dificultades para el tratamiento empírico de la naturaleza “cultural” de las experiencias de clase –entendida la experiencia como forma de conciencia– le habían obligado a buscar nuevas fuentes, principalmente literarias, así como un procedimiento hermenéutico distinto<sup>34</sup>. La idea de que la formación de clase era un proceso compartido, o heredado, de experiencias que articulaba intereses comunes y, al tiempo, antagónicos a los de otros grupos, aludía a un proceso de construcción de identidades que tenía que ser analizado en clave cualitativa ya que escapaba al método descriptivo y clasificatorio de la sociología. La aplicación del esquema propuesto por Thompson a la formación de la clase obrera en Inglaterra había revolucionado la interpretación clásica acerca de la aparición del proletariado como fenómeno universal, que ya no se podía vincular directamente con la industrialización, y en consecuencia, la de la conciencia de clase, que tomaba forma de identidades en trabajadores de oficios tradicionales y artesanos, antes que en los obreros de las fábricas. Comprobada la validez del paradigma de la no determinación de la instancia económica en la formación de la clase y la conciencia obrera en Francia, Alemania o Estados Unidos, además de en Inglaterra, la lógica indicaba que

<sup>33</sup> McADAM, Doug, McCARTHY, John D. & ZALD, Mayer N.: *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, 1991.

<sup>34</sup> IGGERS, Georg G.: *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales. Una visión panorámica y crítica del debate internacional*, Barcelona, Idea Universitaria, 1998, pp. 72-82.



también podía ser aplicado en España y comparar resultados, pero no fue así del todo. Aparte de algunas reflexiones teóricas, como señalaba Pérez Ledesma, al referirse a la dimensión cultural de la formación de la clase obrera en España, los planteamientos de Thompson sobre la cuestión no tuvieron apenas trascendencia:

“Antes al contrario, se sigue considerando que la formación de clase fue el resultado casi automático de la industrialización; o, en todo caso, de la fusión de dos únicos ingredientes vinculados al desarrollo capitalista: las difíciles condiciones económicas y laborales de los trabajadores, en especial de los trabajadores industriales, por un lado, y la difusión de las nuevas corrientes ideológicas, desde el establecimiento de la Federación Regional de la AIT, por otro”<sup>35</sup>.

Estudiar la formación de clase, haciendo de la experiencia una categoría intermedia para interpretar la forma en la que los actores sociales creaban su propia conciencia –de clase, obviamente–, voluntaria o involuntariamente, como había planteado E.P. Thompson, significaba admitir que el sujeto, como agente consciente, interpreta su vida en términos culturales, de tradiciones, valores, sentimientos religiosos, familiares..., e implicaba desterrar el tópico de que los protagonistas de ese proceso de formación “cultural” habían sido los trabajadores industriales, y que no habían sido los salarios bajos y la intransigencia patronal los factores que estimularon las movilizaciones desde el siglo XIX en adelante. Dotar de contenidos, desde el punto de vista de la experiencia compartida, a las categorías clase, conciencia, pueblo, nación, movilización..., obligaba, por un lado, a utilizarlas de manera absolutamente escrupulosa y a intercambiarlas, según en qué casos, para que reflejaran una realidad que, a lo largo de los siglos XIX y XX, no había permanecido estática, y a modificar, por otro, el enfoque característico del tardofranquismo que asumía apriorísticamente como realidad, tanto la existencia de una sociedad binaria en plena época liberal, como la del conflicto de clases que desembocaba en la Guerra Civil en el tortuoso proceso de no evolución del liberalismo a la democracia que caracteriza el primer tercio del siglo XX hasta la llegada de la Segunda República. Ello, sin olvidar que en cuanto a las fuentes, habría de rastrearse en ellas la información significativa después de someterlas a sucesivas “relecturas”.

Así, y de acuerdo a la información que dan las fuentes de la *Comisión de Reformas Sociales* para el periodo de los últimos años del siglo XIX, considerado el de la formación de clases, la conclusión de Pérez Ledesma no dejaba lugar a duda: el marco del que había que partir para analizar las identidades de clase en esa fase no era el de la sociedad industrializada, sino el de la sociedad tradicional donde las primeras etapas formativas se habían ido articulando a través de la noción, no de clase, sino de pueblo, como ya había apuntado Jover; los lenguajes de clase que habían ido tomando forma a la par que la experiencia, más que de antagonismo, hablaban de dificultades para satisfacer unas expectativas de movilidad social que bien podían ser traducidas al lenguaje de clase como la “emancipación”, término del que la pro-

---

<sup>35</sup> PÉREZ LEDESMA, Manuel: “La formación de la clase obrera. Una creación cultural”, en CRUZ, Rafael & PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 201-233.

paganda internacionalista había hecho bandera; que el sentimiento de explotación que derivaba, efectivamente, de una visión dicotómica de la sociedad, tenía sus bases en la identidad, no de clase, sino en todo caso de oficio, ámbito en el que los trabajadores desarrollaban su experiencia vital y sus relaciones sociales y en el que se tejían las primeras redes de solidaridad a través de la asociación; y que los símbolos, los mitos y los rituales, cuya presencia se hacía evidente desde finales del siglo XIX, fueron promovidos constantemente por las organizaciones obreras porque eran un elemento decisivo en favor de la identidad<sup>36</sup>.

Ciertamente que abordar el estudio de la formación de las identidades, un proceso en el que la relación entre el ser individual y el ser colectivo, en tanto que promovía acciones y organización, adquiría su máxima expresión, representaba un esfuerzo de investigación empírica a pie de fuente, y de afinación metodológica que, en un terreno tan poco acogedor como era el de la historia obrera en España en aquellos momentos, parecía baldío. Quizá por ello las prescripciones de E.P. Thompson, como señalaba Pérez Ledesma, no fueron consideradas más que como un argumento teórico y como, por otro lado, la sociología ofrecía los enfoques de la construcción de identidades en los movimientos sociales contemporáneos, principalmente los de los años sesenta y setenta, a través de la teoría de la movilización de recursos, las formas de organización o la estructura de oportunidades políticas, el interés de muchos historiadores del movimiento obrero se canalizó por la vía de la acción colectiva<sup>37</sup>.

En la estela de la revisión interpretativa, Álvarez Junco se atrevió en los noventa a formular una tesis para el caso de España que no ha sido rebatida hasta la fecha: frente a la interpretación predominante de que los movimientos sociales en su etapa “clásica” en España –considerada así la que arrancando de mediados del siglo XIX llegaba hasta la Guerra Civil– habían sido la expresión de intereses socioeconómicos, lo que en términos técnicos se denominaría de “privación relativa”, Álvarez Junco afirmaba que el factor determinante de la protesta a lo largo de ese periodo había sido político, que estaba en relación con el grado de desarrollo del Estado, las oportunidades de participación que el sistema proporcionaba y, sobre todo, con la cultura política de los dirigentes y participantes en la movilización social, que era, además, el que los orientaba hacia la reforma del Estado en un sentido democrático, o por el contrario, les hacía sentirse indiferentes hacia la reforma al considerarla imposible o inútil<sup>38</sup>. Desde esta perspectiva, en la que confluían elementos de análisis propios de los enfoques de los movimientos sociales con los de las culturas políticas, podía decirse que el movimiento obrero y el movimiento sindical en la España contemporánea hasta, al menos, los años treinta habían cambiado su antiguo *estatus* de efecto mecánico de la conciencia de clase madura, por el de agentes políticos de la democratización del Estado liberal, en tanto que habían estado determinados por elementos ajenos a su propia naturaleza y formas de articulación, tanto o más que por sus propios objetivos emancipadores o de clase. De lo que se deducía que su análisis no podía ser disociado del proceso político en el que se insertaban como movimientos sociales, y en el que adquirirían sentido sus actuaciones, manifestaciones y expresiones.

<sup>36</sup> Ibidem.

<sup>37</sup> PÉREZ LEDESMA, Manuel: “Cuando lleguen los días de la cólera. Movimientos sociales, teoría e historia”, *Zona Abierta*, 69 (1994), pp. 51-120.

Desde la perspectiva de las relaciones laborales, donde las organizaciones de clase y los sindicatos, como representantes de los trabajadores asalariados –los “empleados”, según la terminología sociológica de las relaciones laborales–, dirimieron su acción rivalizando entre sí –socialistas y anarquistas, primero, y socialistas, anarquistas y comunistas, después–, en relación a los empresarios –los “empleadores”–, y en relación al Estado –que ponía el marco legal a su acción, restringiéndola o tolerándola con su capacidad de coerción y de sanción–, también aparecía, tras el conflicto de intereses y las relaciones de poder de la competencia entre los diferentes agentes de las relaciones laborales, el mismo componente “político”. Al tiempo, y a medida que se avanzaba en el análisis de las identidades de clase, de las culturas políticas y de las aplicaciones del concepto ciudadanía, se podía comprobar que muchos de los elementos de la identidad obrera que movían a la acción colectiva, bien organizada, bien espontánea, por los derechos sociales y ciudadanos, podían ser rastreados en las culturas políticas del republicanismo y de la izquierda liberal<sup>39</sup>.

Detectar los procesos de formación y desarrollo de las identidades en la experiencia de clase y cómo la experiencia individual derivada de la existencia se convertía en realidad social, llevaba necesariamente a reflexionar sobre la construcción social de la realidad<sup>40</sup>. Aunque la propuesta de E.P. Thompson de colocar la experiencia en el centro de la toma de conciencia era coherente con su idea *weberiana* de relaciones sociales de poder y dominación, al no haber resuelto la cuestión de la relación entre lo objetivo y lo subjetivo, la cuestión de la experiencia se convirtió en un tema recurrente de controversia para los partidarios del carácter “cultural” –o lingüístico, como se prefiera– de la construcción de la experiencia social. Así ha sido que, como señala Spiegel, ningún término en el léxico postmoderno ha sido tan controvertido como el de la experiencia y de ahí que convoque todas las discrepancias sobre el “giro lingüístico”<sup>41</sup>. Buena parte de las líneas de interpretación abiertas para tratar de superar una historia

<sup>38</sup> El texto publicado, que constituye la base de esta referencia, tenía su origen en la ponencia presentada en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander en julio de 1990 por José Álvarez Junco. Otra versión de la misma se había discutido en el Instituto Ortega y Gasset en marzo de 1992. El autor agradecía en la publicación de 1994 los comentarios críticos que en ambas ocasiones le habían permitido mejorar el original. Véase ÁLVAREZ JUNCO, José: “Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad postfranquista”, en LARAÑA, Enrique & GUSFIELD, Joseph (eds.): *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994, pp. 413-442.

<sup>39</sup> Véase PÉREZ LEDESMA, MANUEL: “La formación de la clase obrera: una creación cultural”, en CRUZ, Rafael & PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.): *Cultura y movilización...*, pp. 201-233. Más reciente, PÉREZ LEDESMA, Manuel: “El lenguaje de la ciudadanía en la España contemporánea”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel (dir.): *De súbditos a...*, pp.445-481. Para un “mapa” de las culturas políticas del republicanismo y su relación con los procesos de movilización popular, además de un riguroso recorrido por las nociones de clase y pueblo, véase el excelente estudio de MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La pasión revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, especialmente su capítulo I, pp. 27-65.

<sup>40</sup> CABRERA, Miguel Ángel: “La situación actual de la Historia: un paisaje cambiante”, en CABRERA, Miguel Ángel & McMAHON, Marie (coords.): *La situación de...*, pp. 13-52; PÉREZ LEDESMA, Manuel: “La construcción de las identidades sociales”, en BERAMENDI, Justo, BAZ, Manuel J. (eds.): *Identidades y memoria imaginada*. Valencia, Publicacions Universitat de València, 2008, pp. 19-41.

<sup>41</sup> SPIEGEL, Gabrielle M.: “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico”, en CABRERA, Miguel Ángel (ed.), *Más allá de...*, pp. 19-50.

meramente *culturalista* o de lo subjetivo y encontrar, como señala Cabrera, “suplementos teóricos y temáticos”<sup>42</sup>, efectivamente, se articularon, bien en torno a la mediación que las categorías lingüísticas, como reflejo de una determinada concepción del mundo y de la realidad, ejercían en la práctica de los actores históricos, bien en torno a las categorías de una historia tradicional, que ponía su énfasis en lo individual y que recuperaba, más o menos directamente las categorías de la historia política, por considerar que es el espacio matriz de toda realidad *historiable*.

Tratar de desvelar las claves de ciertas identidades tenidas como ciertas hasta entonces en España, y recuperar el análisis de la formación de clase a través de los lenguajes y los conceptos se planteó como un paso imprescindible para avanzar en las definiciones de lo social, lo político y lo cultural, además de en la inevitable y vidriosa relación entre lo individual y lo colectivo. Empezando por lo primero, un lenguaje incipiente de clases había aparecido en la Cataluña industrial de mediados del XIX, cuando en la lucha por el derecho de asociación, el progresismo barcelonés había colaborado con aquellos artesanos pioneros del sindicalismo que constituyeron las primeras redes de solidaridad de oficio, que no de clase, y que formaban parte de un sujeto colectivo que tenía más de “pueblo” que propiamente de clase, a pesar del tratamiento que le dieron las fuentes de la época en las que frecuentemente se invoca a la clase obrera o clase jornalera<sup>43</sup>. A medida que la construcción del concepto se identificaba con formas sindicales, y éstas adquirían el significado de la representación colectiva, la clase se constituyó como alternativa al concepto de pueblo, que quedó relegado a la esfera de la representatividad política.

Mientras se llevaba a cabo el proceso de sustitución del pueblo por la clase a través de su virtualidad en el movimiento obrero, el lenguaje de clases aparecía configurado de manera bien diferenciada de otros lenguajes decimonónicos en los que el criterio de la propiedad, núcleo duro del paradigma liberal, se había hecho hegemónico, y reflejaba, en ese sentido, con grandes resabios morales, las variantes, desde las más matizadas, hasta las más radicales, del discurso de la proletarización<sup>44</sup>. Prueba de ello es que la división entre socialistas y anarquistas, sus diferentes concepciones sobre la clase, la conciencia y el movimiento obrero introdujeron un elemento importante de desviación en la formulación de buena parte de las categorías que utilizó el obrerismo desde entonces hasta los años de la Guerra europea, en los que se produjo un cambio radical en la significación de los lenguajes. Para Anselmo Lorenzo, uno de los teóricos anarquistas más influyentes en el fin de siglo, el movimiento obrero era expresión del “proletariado militante”, no de la “cuestión social”, que designaba una realidad objetiva contra la que se movilizaban los trabajadores para ponerle fin y transformar la sociedad. Para los socialistas, el término movimiento obrero representaba la lucha organizada de los obreros conscientes, las asociaciones y sus integrantes, por lo que

<sup>42</sup> CABRERA, Miguel Ángel: “Presentación”, en CABRERA, Miguel Ángel (ed.), *Más allá de...*, p. 13.

<sup>43</sup> Véase GARCÍA BALAÑÁ, Albert: “Clase, pueblo y patria en la España liberal: comunidades polisémicas y experiencias plebeyas en la Cataluña urbana (1840-1870)”, en XIII Simposio del Instituto Valentín de Foronda: *Nuevas Perspectivas historiográficas sobre la España contemporánea*, Vitoria, 5 y 6 de julio de 2007, pp. 75-105 [texto inédito].

<sup>44</sup> DÍEZ, F.: “La literatura de la “condición obrera” y el lenguaje de la proletarización”, en SANZ, Vicente & PIQUERAS ARENAS, José Antonio (eds.): *En el nombre del oficio. El trabajador especializado: corporativismo, adaptación y protesta*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, pp. 71-102.

establecían una distinción clara entre ellos y el de los obreros católicos, que formaban el movimiento social católico, en el que no estaba presente la lucha de clases. Y es que, como señala Rafael Cruz, hasta bien entrado el siglo XX, la construcción del lenguaje de clase de socialistas y anarquistas, un lenguaje no unívoco, pero anclado al “oprobioso régimen de salariado”, que constituía el discurso dominante en el siglo XIX sobre la explotación, no favoreció la identidad de los trabajadores no cualificados, los verdaderos proletarios, ni sirvió para atraerlos masivamente a la organización que seguía siendo cosa de los trabajadores de oficios<sup>45</sup>.

En otro sentido, la institucionalización del intervencionismo oficial a comienzos del siglo XX, que suponía, igualmente, un cambio sustancial en la idea de “pacto social” que sustentaba el viejo modelo abstencionista de Estado liberal, y las nuevas reivindicaciones de clase en términos de derechos –derechos sindicales y derechos sociales o de ciudadanía–, acabaron con el discurso del régimen de salariado en la abundante literatura que sobre la materia habían legado los teóricos de la economía política del siglo XIX. El propio concepto de régimen de salariado, tenido como equivalente a la esclavitud o la servidumbre y consecuencia directa de la concurrencia capitalista que había convertido el trabajo en mercancía, permitió, a través de cuestiones como el debate sobre el salario mínimo, desarrollar la hipótesis de la sustitución del contrato de trabajo individual, expresión genuina de la explotación implícita al régimen de salariado, por el contrato de trabajo colectivo. El contrato colectivo de trabajo, pieza clave de la negociación colectiva, convertido en la reivindicación de clase característica del siglo XX, por oposición a la condena moral típicamente decimonónica que representaba el régimen de salariado, significaría la apoteosis de los derechos sindicales como derechos colectivos, no sólo porque consagraba el derecho de la colectividad obrera a intervenir en la negociación de las condiciones de trabajo, sino porque reconocía al sindicato como sujeto jurídico de derecho, en calidad de representante legítimo de los trabajadores, es decir, de la clase<sup>46</sup>. La exigencia de derechos por parte de los trabajadores implicaba un nuevo protagonista en la acción social, el Estado, al que, como garante de un nuevo pacto social, se le reclamaba protección contra la explotación desahogada, contra los daños a la salud, la incapacidad, el desempleo, la vejez o la muerte, lo que revelaba hasta qué punto se había producido el desplazamiento desde la esfera abstracta de la emancipación a la concreta de la legitimidad de los derechos.

No es casual que no sea hasta casi los años veinte, cuando la organización sindical, tras pasados los límites de su larga y problemática etapa formativa, fuera capaz, a pesar de la rivalidad y los enfrentamientos entre anarquistas y socialistas, de hacer de la clase el referente de su lucha por los derechos, una lucha susceptible de adquirir formas diversas, desde la reclamación del derecho de los trabajadores a la intervención en la negociación de las condiciones de trabajo a través de sus representantes legales, los sindicatos, a la huelga revolucionaria para derribar al régimen monár-

<sup>45</sup> CRUZ, Rafael: “El órgano de la clase obrera. Los significados de movimiento obrero en la España del siglo XX”, *Historia Social*, 53 (2005), pp. 155-174.

<sup>46</sup> FORCADELL, Carlos: “La historia social, de la “clase” a la “identidad”, en HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena & LANGA, Alicia (eds.): *Sobre la historia actual. Entre la política y la cultura*, Madrid, Adaba, 2005, pp. 15-35.

quico en 1917, o para hacer frente al fascismo y a los enemigos de la República en 1934. Pero el sujeto jurídico de los derechos sindicales y sociales, cuya institucionalización representaba la aceptación por parte del Estado de la vertiente colectiva del ser social, y no sólo individual del tal sujeto, y que reclamaron los sindicatos desde 1917 en adelante hasta 1931, cuando la Segunda República, por fin, los institucionalizó, no era la clase, sino el pueblo. El pueblo fue, entonces, un sujeto colectivo que, en la recuperación del lenguaje liberal del XIX, hizo de su soberanía recuperada una festiva celebración en la calle en 1931<sup>47</sup>.

El pueblo, una noción integradora en la que cabían los “trabajadores de toda clase”, como se definió a sí misma la República en el lenguaje constitucional del artículo 1º de su *Título Preliminar*, sustituyó a la clase, reducida a las organizaciones obreras y sindicales y, al identificarse con ella el movimiento obrero, el conflicto de trabajo devino en conflicto de clase<sup>48</sup>. Así, no sólo el movimiento obrero quedó subordinado a la clase en términos de lenguaje y de la construcción social de la realidad, sino que al hacerlo, influyó decisivamente en la práctica de los actores sociales, tanto la de las patronales, como la del propio Estado republicano, lo que ponía constantemente en peligro su institucionalización. Una institucionalización de derechos que, aunque en la práctica aspiraba a ser la expresión de aquel propósito de “incorporar al Estado a la clase trabajadora” expresado por Largo Caballero al hacerse cargo en abril de 1931 del Ministerio de Trabajo, no era universal, ya que desterraba a la CNT al no admitir el discurso de clase excluyente y “gubernamental” de los socialistas, sino destinada a la “clase trabajadora” ugetista. Desde esta perspectiva, no resulta incoherente su movilización revolucionaria cuando creyó ver en peligro la legislación laboral que tan costosamente habían implantado los socialistas en el primer bienio<sup>49</sup>.

<sup>47</sup> Para los significados de la “ciudadanía” y sus correspondientes lenguajes, véase PÉREZ LEDESMA, Manuel: “El lenguaje de la ciudadanía en la España contemporánea”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel (dir.): *De súbditos a...*, pp.445-481. Para la cuestión de la “fiesta popular”, véase JULIÁ, Santos: *Madrid. 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984.

<sup>48</sup> CRUZ, Rafael: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

<sup>49</sup> La negociación colectiva implantada por la democracia republicana no negaba la existencia del conflicto, pero, a través de la vía *contractualista* del pacto de trabajo implícito a ella, se aproximaba a lo que hoy denominamos concertación social. Su repercusión para la institucionalización de los derechos sindicales, especialmente para el reconocimiento del derecho colectivo del sindicato como sujeto jurídico de derechos, está fuera de discusión y por ello fue uno de los grandes problemas a que tuvo que hacer frente la política de trabajo de la República a causa de la hostilidad de la patronal [véase BARRIO ALONSO, Ángeles: “Negociación colectiva, convenio y contrato colectivo de trabajo” en BARRIO ALONSO, Ángeles: *Introducción a una historia de la concertación social en España* [en prensa]]; y en ALONSO BARRIOS, Ángeles: “Derechos sindicales y negociación colectiva en España (De la Restauración a la Segunda República)”, en MONTERO GARCÍA, Manuel [et. al.]: *Movimientos sociales en la España contemporánea*. Actas del VIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea celebrado en Vitoria en septiembre de 2006 [texto de la ponencia presentada en la mesa, *El mundo del trabajo urbano: agentes sociales e institucionalización*] [en prensa]. Para la política socialista de trabajo en el primer bienio, véanse JULIÁ, Santos: “Objetivos políticos de la legislación laboral”, pp. 27-47; y ARÓSTEGUI, Julio: “Largo Caballero, ministro de Trabajo”, pp. 59-74, en TUÑÓN DE LARA, Manuel (dir.), GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *La II República*.